

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8432

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 14 Diciembre de 1889

MUEBLES DE PEDRO POSTIGO.

(CALLE DE SAN FRANCISCO, NUMERO 4.)
Gran rebaja de precios.

Por 40 duros silleros tallados, forradas en tapiz bueno.

Por 65 duros silleros tallados, sólida construcción, forradas en brocatel de seda.

Comedores de roble macizo artísticamente tallado, compuestos de catorce piezas y mesa para veinticuatro cubiertos, por 200 duros. Comedores de nogal compuestos de 6 sillas, mesa elástica y aparador, por 40, 41 y 42 duros.

Camas de matrimonio de las mejores fábricas, desde 14 duros hasta 200. Camas de cuerpo desde 9 duros.

Grandes existencias en todas clases de mueble y surtidos inmensos en muebles de repólicas de las mejores fábricas de Alemania.

LA HABITACION

En varias ocasiones hemos lamentado las pésimas circunstancias higiénicas de la inmensa mayoría de nuestras capitales. Que la clase proletaria habita en las principales poblaciones verdaderas mazmorras sin luz ni aire, expuestas a toda clase de infecciones, es una verdad palmaria que no requiere demostración.

Lo particular en el asunto de las habitaciones, es que las clases acomodadas, aun las más pudientes, no viven en locales tan higiénicos como fuera de esperar, por más que comparadas las condiciones del hogar del obrero y del palacio del rico, resulta una diferencia enorme.

El proletario sufre las consecuencias de la mezquindad y miseria de su casa obligado por la dura ley de la necesidad, mientras el potentado crea con sus refinamientos de lujo y afán de comodidades, un modo de ser de su vivienda digno y perjudicial para él propio.

Todos los sentimientos de caridad y de compasión se sublevarán contemplando el misero tugurio del jornalero, al paso que en los lujosos salones cubiertos de alfombras y coladuras solo se advierten los efectos del orgullo humano, pronto al sacrificio si de éste ha de salir más adulado, más lleno de la propia vanidad.

El arte, que solo concede al desvalido un puñado de tierra, derrocha para el poderoso, prodigándole todos los recursos que alcanza.

La naturaleza tiene, en cambio, grandes dones que ofrecer al pobre, aire puro que no halla en su habitación, luz que vive en sus hogares. Las intemperias, el frío, el hambre son causas que aumentan la fuerza de resistencia aunque supongan crueles padecimientos.

Entre ambos extremos, la enervante comodidad, que a la larga debilita y deprime, y la miseria, que si no mata, hace el cuerpo capaz de mayores pruebas, ha de existir un justo medio.

Para el obrero deben edificarse viviendas espaciales, donde entre la luz y el aire; el acandilado habría de suprimir de sus comodidades todo lo que exceda de las necesidades de la higiene y pertenece más bien al sensualismo.

No crea que somos enemigos del lujo; nos proporciona trabajo a los menesterosos, y es aun a nuestro parecer, fuente de riqueza pública; cada uno debe vivir según

sus medios, procurando conservar su salud y alargar la vida.

En las habitaciones de las clases acomodadas ha de reinar la higiene, sin excluir la riqueza, el buen gusto en una palabra, el lujo. Sus dueños se hallan en situación de hacer efectivas todas las mejoras que reclama la ciencia de la salud.

Paradójico parece criticar las casas de los ricos como malsanas y antihigiénicas, y sin embargo, es lo cierto que la mayoría de los edificios destinados a residencia de los más afortunados mortales carecen de condiciones.

Todos los días en algunas capitales se ven emplazar suntuosos palacios en estrechos callejones, contraviniendo a las reglas primordiales de higiene, que exigen baño el sol en la mayor extensión posible las paredes del edificio.

La luz debe llegar a las habitaciones directamente; otra prescripción de la cual no se hace caso. Sin necesidad de contar una descripción técnica de cada una de las infracciones higiénicas que se advierten en determinadas construcciones podemos establecer, como hecho probado, que en este país se atiende a todo capricho, a toda idea de suntuosidad, excluyendo únicamente lo que exige la higiene en nombre de la salud.

Si del edificio pasamos al examen del mobiliario que generalmente suele usarse en las casas pudientes, encontraremos mucho inútil, no siempre estético y que pugna con las más sencillas leyes de salubridad.

Alfombras, que la más minuciosa limpieza no logra mantener en estado aséptico; cortinajes y tapices que impiden la libre circulación del aire y donde se acumulan fácilmente gérmenes mortíficos; techos mullidos que incitan a la pereza y convierten el sueño en un agente patológico, y en general, medios de enervación y refinamiento verdaderos agentes del flautismo y la escrofulosis, causas de perenne degeneración de la raza.

Esto explica por qué la muerte visita con igual frecuencia las humildes cabañas y los artesonados palacios; el vulgo moralista sin etiza esta igualdad ante la muerte, considerando lo poco que sirve el dinero para devolver la salud a un pobre enfermo. Bien empleado, queda el dinero ser un poderoso elemento para conservar en estado sano; más si se abuse de él, causa por el contrario grandes perjuicios.

Existen, ciertamente, numerosas excepciones dignas de encomio, pero en regla general y en mayor ó menor escala, las transgresiones higiénicas son muy comunes en las más elevadas clases sociales. Y verdaderamente no pueden argüir con su ignorancia ni menos con la necesidad que les obligue; tienen todos los medios para instruirse y aconsejarse, y el dinero falta para ellos los obstáculos; si faltan, es porque quieren.

La higiene es hoy asunto haladi del que nadie hace caso; aplicarla a los demás en hipótesis, cuando la conveniencia propia le exige, servirse de ella como égida protectora, nombrarla siempre y no cumplirla nunca, esta es la síntesis del estado actual

de los progresos higiénicos en nuestra ciudad.

LA RELIGION DE LOS YANKEES.

De continuo hablamos con extrañeza de las extravagancias religiosas de los ingleses. Los norte-americanos van más allá en este punto pues mientras en Inglaterra solo se cuentan 170 sectas diferentes, en los Estados-Unidos hay más de 190.

Para conseguir bastantes prosélitos de una secta hay que procurarse muchos oradores: el talento y la palabra pueden más que la fe. En cualquiera de las innumerables capillas ó iglesias véase los domingos gran concurrencia de devotos, pero allí donde perora predicador más acreditado es donde la aglomeración es mayor. En Chicago, Boston ó Filadelfia pasa exactamente igual que en Madrid durante el período de Semana Santa: si el orador es malo según costumbre, la capilla queda desierta; si es bueno, cosa rara, la gente permanece contenta y cada vez acude en mayor número.

El sacerdocio es allí una profesión. Ningún pastor, cura ó maestro abraza una secta por impulsos de la fe: allí donde ve más ganancia, allí va con su palabra y su arte.

Las iglesias anuncian un predicador en los periódicos lo mismo que los teatros una ópera ó estrella del arte. Cuando no puede contarse con un orador de fama, se inventan atractivos para llamar al público. El reclamo se maneja maravillosamente. Véase algunas maneras de anunciar:

«Músicos evangélicos, solos; sermones cortos y buenos. Aquí se adquiere la verdadera felicidad y se encuentra la salud eterna. Señoras y caballeros, entrad y daréis gracias a Dios.» «No más disculpa para asistir a la iglesia. Asientos gratis, servicios cómodos, alegres y entretenidos. Esta iglesia facilita cuanto el público desee.»

Las sectas religiosas se multiplican día por día. Ninguna doctrina es demasiado absurda para no conquistar prosélitos; ya es el reino de los cielos lo que se promete, ya la inmortalidad si, nada menos que la inmortalidad. Tal es lo que ofrece a sus devotos el *isoterismo*, última invención religiosa de América.

La doctrina de los *isoteristas* sostiene que si el hombre fuese verdaderamente puro y siguiese al pie de la letra los preceptos del evangelio, se haría inmortal, no solo en el paraíso, sino también aquí abajo.

Como es lo probable que ningún cristiano haya conseguido cumplir hasta hoy punto por punto los preceptos citados, puede suceder que los *isoteristas* tengan razón en eso de vivir eternamente. Según ellos, no hay más que conservarse virtuosos; aun en el matrimonio debe seguirse la regla, pues el pecado mayor es obra de la carne, que como es sabido, nuestros padres expiaron con la muerte. Es preciso abrazar el celibato puro, pero para más perfección es necesario casarse y... ser absolutamente puro. ¡Una friolera!

Los *isoteristas* están destinados a vivir largo tiempo, porque una de dos: ó llegan a la perfección, en cuyo caso su organismo no sufrirá ó son mortales, caen en tentación y tendrán hijos que aumenten sus filas. El jefe de esta secta, que no data sino de dos años a esta parte, pretende también que el día en que el *isoterista* sea perfecto, no solo será inmortal, sino también conocerá el porvenir, lo que le permitirá juntar inmensas riquezas. Efectivamente; en la Bolsa, en los negocios, semejante facultad, sería de una utilidad inmensa.

Otra secta pretende curar todas las enfermedades por la fe.

Es un pecado ver al médico: poned vuestra fe en el Señor, y él curará. La curación de estos fanáticos no disminuye por la muerte de aquellos a quienes pretende curar. «Si hubiera tenido un poco más de fe habría sanado,» dicen cuando mueren los pacientes.

Naturalmente todas estas sectas son empresas comerciales: se alquila una sala primero, se arregla con una mesa y algunas sillas y se busan unos cuantos sujetos callejeros ó paseantes en corte que forman el núcleo; después se hacen colectas de limosnas y se arregla en local mejor; se hace propaganda, se funda un periódico, se dan conferencias y... se recurre a la bolsa de los prosélitos para formar la que toma el nombre de la «Caja del Señor.» Esto es sumamente socorrido, porque la necesidad es una mina inagotable.

A pesar del carácter mercantil y extravagante del espíritu religioso de los yankees, éstos llevan su hipocresía al extremo, de no vender los domingos en el comercio, ni trabajar como no sea en faenas de imprescindible necesidad.

Otra cosa se observa en aquel incomparable país. Cualquiera que sea la extravagancia de las sectas, todas se amoldan al progreso, y ni una sola combate ni a la libertad ni a la república. Por el contrario cuidan mucho de hacer patente que la religión marcha armónicamente con las instituciones del país.

Variaciones.

Solución a la charada inserta en el número anterior.

EMETERIO

Charada

Estoy una con tercera
Aunque tengo poca edad,
De segunda con primera
Mineral rico en verdad,
He comprado una pulsera
A mi novia Caridad.
Por más que dos tres el mundo
No puedo hallar otra igual
Esto me dijo un amigo
To lo de nuestra ciudad.

A. A.

La solución en el número próximo.

MEDICINA CASERA

Todas las vecinas del corredor fueron enterándose poco a poco de la novedad.

La señora Braulia, que habitaba el cuarto núm. 7, tenía al hombre en cama: la inquilina del núm. 6, fue la primera que supo el suceso.

Entró a padir a la señora Braulia un poco de vinagre y se encontró con el Sr. Francisco enfermo.

La esposa del paciente hizo el relato de lo sucedido.

Nada señora—decía ella—que está condenado se empeña en andar sin capa; anoche, cuando volví del trabajo, se metió en la taberna; al salir le cogió un aire y clarí... ahí tiene usted al hombre tirado en la cama como un terrón, ¡sí! las tascas no dan de sí otra cosa!

—¿Ha llamado usted al médico?...
—Por supuesto. ¡No, que no le he llamado a D. Blas, el que vive en esta calle; heca mucho que nos visita y conoce nuestra naturaleza.

—Ya sabe usted, señora Braulia, si algo se necesita...

—Ni que decir tiene. ¡Hasta luego! Y la señora Braulia se metió en su cuarto a cuidar